

Retórica del inconsciente, gramática del ello

Elisa Ponieman

Desarrollaré algunos comentarios acerca de esta frase: retórica del inconsciente, gramática del ello. Frase algo compacta, que surgió en el contexto de un grupo de investigación acerca del lugar de la retórica y de la gramática en la obra de Lacan.

Plantearé alguna cuestión respecto de la retórica del inconsciente para luego ubicar algunos problemas en relación con la gramática del ello, y así plantear maneras de leerlos.

Retórica del inconsciente. Para avanzar sobre este enunciado, partiré de una pregunta ingenua:

Tomo el caso de una analizante, que, hablando de sí misma, dice: “Estaba cansado y quería irme”. Emplea un adjetivo en masculino, y se escucha. Se trata de un lapsus, de una formación del inconsciente. Dice “cansado” en lugar de “cansada”. El inconsciente aflora, surgen asociaciones, y emerge un sujeto para eso desplazado en la partícula *o*, que indica el género masculino. Ese sujeto que antes no estaba –digámoslo así- aparece, emerge, por desplazamiento en el “cansado”. Podemos nombrar esto como retórica del inconsciente, que es la manera que encuentra el inconsciente para realizar su mensaje.

Pero, ¿no se trata, acaso, de un error de género, o sea, de un error gramatical?

Sabemos que Lacan rebautiza los términos freudianos de condensación y desplazamiento por los términos de metáfora y metonimia.

Ahora bien, este nuevo uso de esos términos conlleva una dificultad, y ésta es que metáfora y metonimia, al ser importados del campo de la lingüística al campo del psicoanálisis, son usados de manera diferente. Lacan toma estos desarrollos de lo que introduce Roman Jakobson, en *Ensayos de lingüística general*, donde trabaja los polos metafórico y metonímico. Metáfora y metonimia, para Lacan, o dentro de su terminología, en su uso habitual, nombran en realidad las fórmulas de sustitución y conexión, respectivamente, en los polos metafórico y metonímico. Es decir, más que a metáforas o metonimias propiamente dichas, Lacan se refiere a la función metafórica y metonímica que transcurre en dichos polos.

Si lo pensamos en una transferencia, nos interesa escuchar no solamente las metáforas y las metonimias sino cualquier sustitución y combinación que, en ambos polos, atraviesan la barrera de la represión.

Lacan aborda estas cuestiones en distintos momentos de su Seminario y en diferentes escritos. En *La instancia de la letra*, luego de nombrar algunos de los tropos y figuras de la retórica, remata un párrafo de la siguiente manera: “¿Puede acaso verse allí sólo una manera de decir, cuando son las figuras mismas que están en acto en la retórica del discurso efectivamente pronunciado por el analizado?”¹

Se abren allí distintos puntos posibles de interés, dado que, si sustituimos entonces “metáfora”, por todas las sustituciones posibles, en el polo metafórico, de un significante por otro, nos aparecen los setecientos y pico de tropos y figuras de la retórica que, en este polo, por tomar uno de los dos, pueden pasar un mensaje, atravesando el límite de la represión.

Es decir, tomando un pequeño ejemplo, que cuando luego de varios encuentros con un paciente joven, quien consulta por un leve aburrimiento, se queja de que para él

¹ Jacques Lacan. *Écrits*. P. 521. Éditions du Seuil

las cosas no tienen interés, encuentro la manera de interrogar qué sujeto supone a las cosas para esperar que sean *ellas* quienes tengan algún interés.

Del dicho “las cosas no tienen interés” como se podría decir, por ejemplo, “algunos autos no tienen matafuegos”, se escuchaba una adjetivación propia para una persona, aplicada a un objeto. Hipálage que encerraba un malestar, que decía de una demanda -no sabida- dirigida, insatisfactoriamente, a una cosa. Tropo de la retórica que permitió, en este caso, vehiculizar el sujeto de una demanda en una transferencia.

Cuando Lacan nos invita a tomar la retórica del discurso efectivamente pronunciado por el analizante, entiendo que sugiere, también, acudir a la amplitud de la retórica clásica, la que estudia, entre otras cosas, las maneras de pasar un mensaje, no sólo en el polo metafórico, sino también, dentro del polo metonímico, con la *inventio*, la *taxis*, etc.

Retomando entonces la pregunta inicial de ¿cómo un error de género, o sea gramatical, puede entenderse en términos de retórica del inconsciente?, es justamente porque éste, el inconsciente, se vale de la gramática, o de lo que podrían llamarse errores de la gramática, así como otras veces de sus aciertos, para realizar su mensaje.

Habiendo hecho estos comentarios sobre la retórica del inconsciente, quisiera compartir con ustedes ahora el planteo de un pequeño problema acerca de la gramática del ello. El mismo consiste en lo siguiente:

Por un lado, Lacan plantea que Freud, en el momento de articular la pulsión, lo hace haciéndola pasar por su estructura gramatical.

Nos dice también que el ello no es una bolsa de pulsiones. En particular en el seminario *La lógica del fantasma*, habla de la estructura gramatical como siendo la esencia del ello.

Ahora bien, ¿cómo puede pensarse la estructura gramatical como siendo la esencia del ello si allí rige el funcionamiento de las leyes del inconsciente, del proceso primario? Entonces, ¿cómo podremos pensar la gramática de esa instancia donde la descarga se realiza mediante condensación y desplazamiento, las cuales justamente permiten disparates que no son tan amigos de la gramática?

Reconstruiré el problema yendo paso por paso.

En distintos textos, Freud caracteriza los procesos del sistema inconsciente. Tomando por ejemplo *La interpretación de los sueños*, encontramos allí la idea de que como en el sueño la descarga no es posible, se da el desplazamiento de cargas en el marco de lo que para él es el proceso primario. Nos encontramos con pensamientos que se contradicen entre sí y sin embargo parecerían subsistir unos junto a otros, etc.

Encontramos esta idea también en esa suerte de resumen que es “*Nota sobre el concepto de lo inconsciente en psicoanálisis*”. Allí ordena el campo y presenta al inconsciente desde distintos abordajes. Retoma allí al inconsciente *como sistema*, y que se da a conocer por ser inconscientes los procesos o leyes que lo componen. Es decir, lo define por las leyes –de condensación y desplazamiento– que gobiernan dicho sistema.

En “*Lo inconsciente*”, Freud amplía y resume al sistema inconsciente. Dice que en él rige el proceso primario, cuyos indicios son la condensación y el desplazamiento, hay movilidad de las investiduras, se da la ausencia de contradicción, tiene carácter atemporal y hay una sustitución de la realidad exterior por la psíquica.

Ya en *El yo y el ello*, cuando retoma el mismo punto, en la conferencia 31^a, dice que eso se le amplió y que debido a distintas necesidades va a sustituir, para aclarar, el inconsciente sistemático por el pronombre impersonal *ello*, apuntalándose en el uso idiomático de Nietzsche, y siguiendo una incitación de Groddeck.

Nos dice Freud acerca del *ello*, tomando por ejemplo afirmaciones que realiza en la conferencia 31^a, sobre la descomposición de la personalidad psíquica, lo siguiente: se

trata de un caos, que desde las pulsiones se llena de energía pero que no tiene ninguna organización, sólo afán de descarga, que en él no rige el principio de no contradicción, ni la representación del tiempo. Y en particular, y esto es lo que quiero subrayar, la descarga se produce por desplazamientos y condensaciones que son característicos del ello.

Lacan trabaja especialmente el inconsciente en el momento de trabajar el cuadrángulo que va a hacer de soporte a lo que hace al fundamento de la construcción de una lógica del fantasma. Allí, o en esa época, el inconsciente sistemático, o el inconsciente que se caracteriza por las leyes de condensación y desplazamiento, es el inconsciente en tanto es sus formaciones, o *no soy*.

Respecto del ello, notamos que Lacan lo separa de lo que son las formaciones del inconsciente, situándolos en lugares diferentes, aunque es a ambos que denomina inconsciente en algún momento del seminario *La lógica del fantasma*.

Define allí al ello por todo aquello que en el discurso no es *je*. O también, como el lugar del *no pienso*, es decir, no soy yo quien piensa esos pensamientos, los pensamientos inconscientes. Y que justamente (incluyendo ahí la manera freudiana de pensarlos) esos pensamientos inconscientes se rigen también por el proceso primario, que se caracterizan por los mecanismos de condensación y desplazamiento, y que son los que podemos construir cuando, en el otro extremo del cuadrángulo, en términos freudianos, “entran en formación de compromiso”, vehiculizando la apertura del inconsciente, fracturando ese raro ser propio del *no pienso* o del ello.

Entonces: Si el ello tiene entre sus características el regirse por el proceso primario, ¿qué lugar tendría la gramática allí?

Entiendo que, en la transferencia, la operatoria analítica se caracteriza por la construcción gramatical y el análisis de esos pensamientos que el *je* no piensa, justamente porque le resultan impensables.

Relato brevemente una situación clínica.

Juan consulta porque tiene un alto padecer en todas y cada una de sus relaciones con chicas. De su familia no le interesa demasiado hablar, pero en algún momento comunica que murió una hija, siendo bebé, que tuvieron sus padres, antes del nacimiento de él. Luego del nacimiento de Juan, nacen dos hijos varones más.

Luego de cierto tiempo de trabajo, un día, hablando del hermano que le sigue, me dice: “mi otro hermano...”.

A la sanción de la elipsis, es decir, de esa parte del razonamiento lógico, que es: aparte de cuál, este hermano se constituye en “mi otro hermano”, dado que hacía meses que no hablaba de ningún hermano, no dijo nada. Pero sí repitió esa frase que se hacía escuchar, unas cinco veces a lo largo de la sesión. Al punto que –debiendo viajar mucho para venir a sesión– a la vez siguiente, al llegar, dice: “Estaba muy cansado, no iba a venir”. “¿Y por qué viniste?” Y riéndose, me contesta: “Por mi otro hermano”.

Se produce allí un lapsus, en el que en lugar de “mi hermano” dice: “mi otro hermano”. Parte de la construcción de los pensamientos que allí aparecieron –y esto durante cierto tiempo– lo acercaron a poder pensar: “Soy mi hermana, que no murió”. O mejor dicho, a dejar de pensarlo.

Así como la retórica del inconsciente se vale de la gramática, en el abordaje del síntoma, punto privilegiado de la intersección, de la mordedura entre ello e inconsciente, a veces la retórica –“mi otro hermano”– más o menos disparatada, permite orientarnos para posibilitar la construcción gramatical de los pensamientos impensados del ello –“soy mi hermana que no murió”–.